

“El Buscapié”. O el casticismo de Montalvo

“El Buscapié” Or the casticism of Montalvo

JOSÉ LUIS GALVÁN*

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
jlgalvan2011@hotmail.com

Fecha de recepción: 17 enero 2017

Fecha de aceptación: 2 abril 2017

RESUMEN

El ideal de la lengua de Cervantes intenta superar el realismo objetivo particular de su época, el Renacimiento, e imprimir su propia huella: la multidimensionalidad del lenguaje. No solo consisten en sus reconvenciones a Sancho como meras fórmulas gramaticales; éstas buscan una salida más completa y compleja a la racionalidad renacentista. Montalvo, en su búsqueda de unidad de la lengua, no escatima el rechazo del habla popular, su precariedad y falta de plasticidad. El modelo será España, pero la de los buenos escritores. «El Buscapié», prólogo de *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, es particularmente importante para observar su defensa apasionada del español de España: de la Academia, de los académicos y de los escritores de El Siglo de Oro.

PALABRAS CLAVE: Juan Montalvo, casticismo, sentencias, lengua, Cervantes, gramática, erudición, virtud, unidad, risa.

ABSTRACT

The ideal of the language of Cervantes tries to overcome the particular objective realism of his time, the Renaissance, and to print his own mark: the multidimensionality of language. Not only do they consist of his remonstrances to Sancho as mere grammatical formulas; they seek a more complete and complex solution to Renaissance rationality. Montalvo, in his search for the unity of the language, does not skimp on the rejection of popular speech, its precariousness and lack of plasticity. The model will be Spain, but that of good writers. “El Buscapié,” a prologue to *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, is particularly important to observe his passionate defense of the Spanish in Spain: the

* Ecuatoriano. Licenciado en filosofía (Pontificia Universidad Católica del Ecuador), 1998; maestría en literatura hispanoamericana (PUCE), 2009; cursando doctorado en literatura latinoamericana (Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador). Docente en la Universidad Politécnica Salesiana y en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

Academy, academics and writers of El Siglo de Oro.

KEYWORDS: Juan Montalvo, casticism, sentences, language, Cervantes, grammar, erudition, virtue, unity, laughter.

I

En el Prólogo a la primera parte de *El Quijote*, Cervantes dice de su historia: “Solo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogos, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse”.¹ Las referencias al ideal de la lengua que perseguía Cervantes son varias. En el mismo Prólogo, y a continuación, Cervantes le declara a su «amigo» el temor que siente ante la posibilidad de que el libro le salga “una leyenda seca como un esparto”; al mismo tiempo rechaza la práctica común en uso: “[...] sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran a los leyentes y tienen a sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes”.² La falsa erudición sufre la burla de Cervantes. El “amigo”, que le dicta el cómo ha de superar el escollo de sus carencias por su “insuficiencia y pocas letras”, le aconseja: “[...] no hay más sino hacer de manera que venga a pelo algunas sentencias o latines que vos sepáis de memoria, [...]. Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático”.³ ⁴ Y, ya, en tono serio le sugiere:

[...] no hay para qué andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la Divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo, pintando en todo lo que alcanzáredes y fuere posible vuestra intención, dando a entender vuestros conceptos sin intrincarlos y escurecerlos.⁵

La recomendación, y al mismo tiempo el interés de Cervantes por la lengua, es clara: el discurso que salga “sonoro” y “festivo”, y todo esto a la “llana”, con palabras “significantes”, “honestas” y “bien colocadas”, los conceptos sin “intrincarlos” y “escurecerlos”. Hay una intención o

1. Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don quijote de la Mancha* (Madrid: Real Academia Española, 2005), 7-8.
2. *Ibíd.*, 8.
3. No es poca cosa. “Gramático” es hombre de cultura. Es el gramático latino, o el profesor de latín.
4. M. de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don quijote de la Mancha*, 10-11.
5. *Ibíd.*, 13-14.

conciencia, por una parte, artística, y, por otra, de corrección y claridad gramatical. Y, quizás, una tercera recomendación: “Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla”.⁶

En el capítulo I de la novela de Cervantes, por ejemplo, *Percas de Ponseti*⁷ ve un párrafo característico de parquedad y sobriedad, además de su descripción plástica:

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto de ella concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza.⁸

Sin embargo de su laconismo, el párrafo consigue una connotación sorprendente: por él atisbamos su condición social (un mozo de campo y plaza), sus costumbres (gran madrugador, amigo de la caza), sus usos religiosos (duelos y quebrantos), sus aspiraciones. Aparentemente, no hay nada más que añadir, todo está dicho; no es así: por él podemos enterarnos que se trata de un hidalgo de algún «lugar de la Mancha», es decir, por el punto de vista del narrador sabemos que no es un individuo importante, pues no se conoce, irónicamente, el lugar exacto de la procedencia del personaje principal de la historia; su hacienda es limitada, vive de glorias pasadas (lanza en astillero), su vestido es austero, guardando el principal para los días de fiesta; sabemos de su familia (el ama y la sobrina) y de un mozo que hacía de todo; conocemos de su edad, y podemos imaginar lo que significa emprender una aventura caballeresca a los 50; su complexión corporal nos dice de un hombre austero, ejercitado, de humor tranquilo y concentrado y, por lo mismo, dado a soñar despierto. Además, es un párrafo que está (superado ese aparente realismo objetivo) lleno de sentidos y con un gran sesgo poético.

Y, contrariamente, en el capítulo II, Cervantes nos muestra el caso del estilo altisonante de los libros de caballerías, del cual se burla y critica:⁹

6. *Ibid.*, 14.

7. Véase Helena Percas de Ponseti, *Cervantes y su concepto de arte* (Madrid: Gredos, 1975), 62.

8. M. de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, 27-28.

9. Véase Martín de Riquer, *Para leer a Cervantes* (Barcelona: Acanalado, 2010), 126.

Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que, dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel.¹⁰

Si bien, Francisco Rico, en nota al pie de página, señala que este estilo hinchado no era específico de los libros de caballerías, sino común a toda la literatura de tradición grecolatina; y añade más: “Cervantes mismo la emplea más de una vez en tono perfectamente serio; aquí, lo significativo está sobre todo en el contraste entre la grandilocuencia del lenguaje y la imagen grotesca de don Quijote y Rocinante en el áspero paisaje manchego”.¹¹ De todas maneras, la “grandilocuencia” está presente, y no es el modelo que persigue Cervantes en el Prólogo. Riquer señala que muchos lectores ingenuos pueden tomar este párrafo como ejemplo de prosa; se equivocan, “pues él lo escribió con el deliberado propósito de burlarse de los libros de caballerías y de parodiar su altisonante estilo”.¹²

El propósito de Cervantes es el punto medio entre la erudición asfixiante y la desfiguración vulgar de la lengua. Ambos extremos aparecen a lo largo de toda la novela, empezando con el Prólogo. La falsa erudición y el abultamiento de la lengua,¹³ las continuas recomposiciones que hace a Sancho cuando desarrolla su vena refranera¹⁴ y el uso de latines¹⁵ con intención cómica o burlesca son algunos de los medios que utiliza Cervantes para conseguir su objetivo.

10. M. de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don quijote de la Mancha*, 35.

11. Francisco Rico en Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don quijote de la Mancha* (Madrid: Real Academia Española, 2005), 35.

12. Martín de Riquer, *Para leer a Cervantes*, 126.

13. Maese Pedro comenta: “—Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala” (Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don quijote de la Mancha*, 754). Y este consejo a Sancho: “Anda despacio, habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas a ti mismo, que toda afectación es mala.” (Ibíd., 872).

14. “—Ni yo lo digo ni lo pienso —respondió Sancho—. Allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados o no, a Dios habrán dado la cuenta. De mis viñas vengo, no sé nada, no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente, en su bolsa lo siente. Cuanto más, que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano. Mas que lo fuesen, ¿qué me va a mí? Y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas. Mas ¿quién puede poner puertas al campo? Cuanto más, que de Dios dijeron. —¡Válame Dios —dijo don Quijote—, y qué de necedades vas, Sancho, ensartando! ¿Qué va de lo que tratamos a los refranes que enhilas?” (Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don quijote de la Mancha*, 233). Esta retahíla de refranes solo vienen a decir ‘A mí que más me da’ (F. Rico, en Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don quijote de la Mancha*, 233)

15. En la parte I, cap. XXV, por ejemplo, “—‘Quien ha infierno —respondió Sancho— *nula es retencio*’, según he oído decir.” (Cervantes, Ibíd., 240). Sancho confunde “retencio” con “redemptio”.

II

Montalvo cree que la novela de Cervantes es un libro moral (pero no de moral); su móvil es siempre la virtud, con un ingrediente fundamental: el humor. Efectivamente, uno de los aspectos fundamentales que descubre Montalvo en Cervantes es que éste “enseñó deleitando, propagó las sanas máximas riendo [...]”;¹⁶ Don Quijote es un “discípulo de Platón con una capa de sandez”;¹⁷ “Plauto, Cervantes y Moliere han hecho más contra las malas costumbres que todos los campeones cuya espada han sido la cólera o las lágrimas”.¹⁸ Lo cómico y lo serio no se contradicen. Esto se evidencia en la novela de Cervantes de principio a fin.

El capítulo I, especialmente, de “El Buscapié”, se detiene a defender la conjunción, aparentemente imposible, de seriedad y risa. Toda la seriedad, audacia y sensibilidad en Don Quijote están hechas para hacer reír; sin embargo de ello, la virtud no mengua, al contrario, el genio de Cervantes “saca el caballo limpio: esas virtudes quedan en pie, erguidas, adorables”;¹⁹ “La espada de Cervantes fue la risa”;²⁰ “[...] esta diosa pequeñuela no está reñida con las grandes virtudes ni es malquista con los héroes”.²¹ Tanto la ridiculez de Don Quijote como la bellaquería de Sancho existen porque sirven de algún provecho general. Por supuesto, la risa sola no es suficiente. Si la novela de Cervantes tuviera ese único propósito no habría conseguido remover ningún temperamento, concluye Montalvo. Moral y risa es la combinación fascinante que construyó Cervantes. Esta combinación le va a permitir a Montalvo emprender su tarea moral y didáctica en muchos temas, y, concretamente, en su idea o ideal de la lengua: el casticismo y su modelo español.

Frente al ideal de la lengua de Cervantes, como a su modo de hacerlo (lo cómico), Montalvo no le va a la zaga. Aunque con variantes. Montalvo también busca un hablar y escribir castizos, pero hay diferencias. Ángel Esteban ha señalado que “Casi todas sus obras, y sobre todo los *Capítulos*..., gozan de un estilo elegante, refinado, cuidado, y contienen una cierta densidad de arcaísmos”.²² Montalvo, en «El Buscapié», es un

16. Juan Montalvo, “El Buscapié”, en *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* (Madrid: Cátedra, 2004), 93.

17. *Ibíd.*, 92.

18. *Ibíd.*, 94.

19. *Ibíd.*

20. *Ibíd.*, 96.

21. *Ibíd.*, 115.

22. Ángel Esteban, en Juan Montalvo, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* (Madrid: Cátedra, 2004), 58.

gran estilista, admira a los clásicos, gusta de las construcciones complejas, adornadas; se deleita con las viejas palabras, con sus etimologías; es un apasionado de las correcciones lingüísticas según el modelo español, de los que hablan y escriben en buen español, y por eso no admite las deformaciones locales. No hay falsa erudición, pero sí abultamiento. En su cruzada lingüística, dos son, principalmente, las regiones donde Montalvo, en su propósito de preservar la lengua castiza, encuentra tierra fértil para arremeter contra los que descalabran la lengua: la galiparla que contamina el español y Sancho con sus prevaricaciones de la lengua.

III

Tanto para Cervantes como para Montalvo las prevaricaciones de la lengua deben ser desterradas. En este intento, Cervantes huye, especialmente, de los abultamientos, ensortijamientos y erudiciones o falsas erudiciones de la lengua como de las impropiedades vulgares, no así de la lengua popular. Montalvo se aparta de los maltratos (o espontaneidad) lingüísticos del vulgo, pero no de los modelos eruditos, especialmente españoles. De ahí que el “casticismo” de Cervantes sea más vital, completo, temporal y humano,²³ que el casticismo de Montalvo, más estático, peripuesto y atemporal. Cervantes huye de la afectación y la hinchazón retórica (libros de caballerías) y prefiere la llaneza, lo breve y natural;²⁴ está más cerca de Juan de Valdés y su *Diálogo de la lengua*:²⁵ “«el estilo que tengo me es natural, y sin afetación ninguna escribo como hablo; solamente tengo cuidado de usar de vocablos que sinifiquen bien lo que quiero decir, y dígolo cuanto más llanamente me es posible, porque a mi parecer en ninguna lengua stá bien el afetación»”.²⁶ Montalvo busca la construcción compleja y se deleita en ella; el ornamento y la vanidad no están ausentes, la frase es larga y adornada; lo popular americano no es modelo para su idea de la lengua que patrocina. La presencia de personajes históricos o de la mitología greco-romanas, en Cervantes, guarda un sentido paródico,²⁷ el remedo de la lengua antigua tiene un propósito:

23. “El humanismo dignificó la lengua popular, convertida en lengua nacional, y Cervantes recoge la buena tradición de Nebrija, Juan de Valdés y Fray Luis de León.” (Á. Rosemblat, *La lengua del “Quijote”*, 19).

24. Antonio Quilis, en su estudio introductorio al *Diálogo de la lengua*, sobre lo “natural” frente a la “artificiosidad”: “Para conseguir esa naturalidad, que debe emanar de la Naturaleza, cuyo centro es el hombre, hay que buscar las palabras, las expresiones en el lenguaje vulgar, natural del coloquio y engazarlas en el lenguaje del Arte. Pero no todo el lenguaje vulgar puede pasar a la literatura. Hay que realizar una selección [...]” En Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua* (Barcelona: Plaza & Janés, 1984), 14.

25. Véase A. Rosemblat, *La lengua del “Quijote”*, 25.

26. Citado por A. Quilis, en J. de Valdés, *Diálogo de la lengua*, 36.

27. Á. Rosemblat, *La lengua del “Quijote”*, 22.

crítica del estilo afectado; no así para Montalvo, cuya presencia es modelo edificante. Esto no quiere decir que Cervantes no sintiera respeto por la tradición y erudición clásicas, lo que desestimaba eran la afectación y la falsa erudición. En el capítulo XI de la novela de Cervantes, don Quijote, en su discurso de la edad que los «antiguos llamaron de oro», dice: “Entonces se declaraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza”.²⁸

El casticismo de Montalvo no es cosa nueva en el siglo XIX americano. Julio Pazos²⁹ señala que dos tendencias se levantaron en el continente respecto de la lengua: una en favor del uso americano del castellano; otra, en beneficio del uso castizo de la lengua de España. Prevalció esta última, y se fundaron las academias de la lengua americanas. El uso castizo de la lengua confería, por un lado, estatus social, y, por otro, diferenciaba a los «civilizados» de los «bárbaros» indios americanos. Montalvo, especialmente en «El Buscapié», critica no solo a los americanos, también a los españoles por el estropicio que causan en la lengua. Para él, el modelo son, primordialmente, los escritores del Siglo de Oro, a quienes no es necesario imitarlos, pero sí tomarlos como ejemplo.

“El Buscapié”, ensayo que ya había aparecido previamente en *Siete tratados*, es, entre otras cosas, un intento por justificar la genialidad de Cervantes y su afán desmedido por «ensayar» una novela inimitable. No oculta el respeto y pasión por los clásicos, así como por la lengua española, además de la enfática recomendación de que un libro como el *Quijote* solo es posible emularlo, jamás imitarlo. En el capítulo IV, precisamente, Montalvo se esfuerza por justificar su trabajo de emulación: “Los grandes ejemplares inspiran las grandes obras: si a fuerza de trabajo y voluntad saliese uno con su empeño, sería acción bastarda no concederle por lo menos el mérito de la constancia”.³⁰ Se trata, para Montalvo, de una empresa osada, mas no de desvergüenza. Osadía motivada por su alta admiración del modelo. Sin olvidar que el subtítulo de los *Capítulos...* es «Ensayo de imitación de un libro inimitable», Montalvo nos advierte de sus límites frente a la novela de Cervantes: no se trata de una «novela», sino de un “ensayo”. En este sentido, la distinción entre rivalidad, competencia y emulación es importante. La primera no es recomendable, es “cómplice

28. M. de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don quijote de la Mancha*, 98.

29. Julio Pazos, *Historia de las literaturas del Ecuador* (Quito: Corporación Editora Nacional, 2002), 161.

30. J. Montalvo, “El Buscapié”, en *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, 93.

del odio, trae en su seno la envidia, negro fruto de un crimen”;³¹ la segunda es positiva, muchas veces es un noble esfuerzo, pero tiene un defecto: “competimos con otro al paso que le admiramos, pues justamente nuestro ahínco se cifra en igualarle o superarle en cosa buena o grande”;³² la tercera es la más loable y la que persigue Montalvo: “emulación es siempre ahínco por imitar los hechos de un hombre superior; éste sirve de modelo al que emula sus acciones, y así el uno como el otro han de experimentar dentro de sí el sublime impulso que mueve a las cosas grandes”.³³

Montalvo se plantea, tanto en “El Buscapié” como en los Capítulos..., básicamente, tres propósitos: el cuidado y la pulcritud de la lengua española, amén de su elegancia y refinación, el enaltecimiento de lo clásico y su afán moralizador.³⁴ El capítulo XII de “El Buscapié” es particularmente fecundo para apreciar las ideas del autor en cuanto a su primera intención:

Ensayo o estudio de la lengua castellana tituláramos esta obrita, si tuviéramos convencimiento de haber salido bien en lo de rehuir los vicios con los cuales la corrompe y destruye la galicana moderna, y de habernos aprovechado al propio tiempo de las luces que en el asunto han derramado clásicos escritores, como Capmany, Mayans, Clemencín, Baralt, Bello y otros maestros bien así españoles como suramericanos.³⁵

Tres elementos resaltan: el estudio de la lengua castellana (su pureza), la amenaza de la galicana moderna y los modelos clásicos. Del primero se encargará Don Quijote y su hostigamiento a Sancho por sus descuidos idiomáticos como por su desaforada verbosidad refranera; para el segundo, y en estrecha relación con el primero, tomará como ejemplo la traducción

31. *Ibíd.*, 109.

32. *Ibíd.*

33. *Ibíd.*

34. En “El Buscapié”, capítulo I, Montalvo dice del *Quijote*, citando a Bowle: “El Quijote es un libro moral de los más notables que ha producido el ingenio humano.” (92). Y más abajo, “El móvil de acciones tan extravagantes, en resumidas cuentas, viene a ser la virtud.” (92). Y como ha dicho Ángel Esteban, el sentido crítico de Don Quijote (y de Montalvo) se siente en la indignación sobre casi todos los asuntos humanos: lingüísticos, culturales, religiosos, caballerescos; pero se trata de “moralizar deleitando” y para esto se valió de dos instrumentos fundamentales: “el lenguaje depurado y el sentido del humor cercano al del mentor del *Quijote*.” (Esteban, en Montalvo, *Capítulos...*, 68, 71); aunque, muchas veces, el sentido moral es directo: “El héroe de la novela francesa duerme de día, come y bebe de noche, hace pegas abominables a los maridos, tiene duelos o retos a la espada, pide prestado y hace milagros, se arruina, pierde su querida, se despecha, va y se vuela la tapa de los sesos. Esta monserga atroz, este embolismo de pasiones arrastradas, vicios y caídas, puesto en rengloncitos que parecen escalera, sin unidad, sin número, sin gracia; esta literatura de lupanar ¿os seduce tanto, los cristianos, los austeros, los juiciosos españoles? [...] Traducid lo santo, lo sabio, lo poético, lo filosófico, lo moral; traducidlo y traducidlo bien, a fin de que nosotros, hermanos menores vuestros, no recibamos malas lecciones, malos ejemplos [...]” (J. Montalvo, *Capítulos...*, 175).

35. J. Montalvo, “El Buscapié”, en *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, 171-172.

de un literato español del *Genio del cristianismo* de Chateaubriand; del tercero, Montalvo tiene una lista considerable: los Granadas, los Marianas, los Leones, las Teresas de Jesús³⁶..., y algunos títulos también:

el gracejo culto y fino, el lenguaje inimitable de *Lazarillo de Tormes*; la frase ajustada y elegante de *El pícaro Guzmán de Alfarache*; la propiedad, gracia y maestría de *Calixto y Melibea*; la sal ática de *Rinconete y Cortadillo* en ese hablar de todo en todo castizo; nada de esto, nada, tiene hoy imitadores: ni Juan Valdés sirve de maestro, ni Covarrubias ha compuesto para nosotros su gran léxico o *Tesoro de la lengua castellana*.³⁷

Se destacan aquí –para sostener, también, la pureza de la lengua y definirla– adjetivos, por un lado, como «culto», «propiedad», «frase ajustada», y, por otro, «fino», «elegante», “gracia”: todo esto es lo castizo. Pero también constan nombres neoclásicos, cercanos en el tiempo: Jovellanos, Gómez Hermosilla, Mor de Fuentes, etc.; o románticos: Zorrilla, Hartzenbusch; o costumbristas: Fernán Caballero, Mesonero Romanos y Estébanez Calderón; o los románticos europeos: Scott, Goethe, Byron, Victor Hugo, o algunos de sus contemporáneos: Addison, Richardson, Fielding, Chateaubriand, Balzac, Manzoni, Heine, Lamartine, Dumas.

La pulcritud lingüística, para Montalvo, tiene dos características: alejamiento de las incorrecciones (Sancho será a menudo reprendido por Don Quijote, en los *Capítulos*...; y Cervantes, de igual manera, llamará a Sancho «prevaricador» de la lengua) y cuidado de la elegancia. Así lo confirma Ángel Esteban: “Para él era un orgullo poder utilizar con todos sus matices un idioma tan rico y eufónico, que había sido el vehículo más lujoso para la transmisión de la cultura y el pensamiento durante el Siglo de Oro”.³⁸ Asimismo, en «El Buscapié», no deja de arremeter contra los malos traductores. El capítulo XII de este ensayo trae una frenética embestida en

36. Llama la atención al respecto la opinión de Anderson Imbert: “Montalvo imita a los grandes escritores no siempre porque él, espontáneamente, haya descubierto su valor, sino porque algún preceptista se lo recomienda. [...] Al defender una expresión propia suele apoyarse en fuentes de autoridad: estas fuentes, generalmente, son ‘clásicos’ glosados por preceptistas. Se nos revela así un Montalvo que escribe rodeado de Diccionarios de Autoridades, Tesoros de la Lengua Castellana, Gramáticas, Refraneros y Retóricas.” (Anderson Imbert, 51). Contrariamente, Ángel Esteban señala que “Los clásicos grecolatinos fueron asimismo material útil para su formación y el desarrollo de su obra. Los leyó desde muy joven, los citó con frecuencia e imitó alguno de sus recursos, como el hipébaton clásico con el verbo al final, o el uso de ciertos arcaísmos que, por el hecho de serlo, ya significaban para él una garantía de valor literario o estético.” (Esteban, en Montalvo 2004, 63); además, “Los modelos son muchos y buenos, y se les tiene veneración, pero el artista no debe constreñir su personalidad creadora al yugo de la Academia o las autoridades. Montalvo recorre su propio camino, se adueña de los materiales y valores depositados durante siglos por los genios de la literatura, la elocuencia y la filosofía y les da un estilo propio (...)” (Esteban, 71).

37. J. Montalvo, “El Buscapié”, en *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, 173.

38. Á. Esteban, en J. Montalvo, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, 59.

contra de los «galiparlistas», especialmente de aquel traductor del *Genio del cristianismo*. El estado de la lengua española es, para Montalvo, triste, producto de los malos traductores y «ruines viajeros». Los españoles de hoy poco saben de su lengua, menos de la francesa, salvo unos cuantos de «ciencia y juicio». Varias situaciones confabulan para este estado de cosas: el maltrato de la lengua por escritores descuidados: “[...] ¡la infame algarabía en que tratan de expresar sus ruines pensamientos estos hijos de la piedra que hoy se llaman periodistas, novelistas y poetas!”;³⁹ la «galiparla moderna»: esa “madriguera inmensa que se llama París”⁴⁰ de donde, españoles y americanos, traducimos los gazapos que aumentan siempre («galiparlistas encendidos de amor por los títeres del Sena», llama a los traductores);⁴¹ y, la producción desaforada de obras, como si fueran «buñuelos»: “[...] hoy tenemos en las librerías españolas hacinamientos de novelillas, verdaderos cachivaches de la literatura, o libracos llenos de milagros y absurdos con que indoctos y perversos fomentan la ignorancia del pueblo sin filosofía”.⁴²

El *Genio del Cristianismo* de Chateaubriand es escogido por Montalvo por ser lectura frecuente de los jóvenes que estudian humanidades. Su traductor al español va a sufrir la iracundia de Montalvo (también los suramericanos: “«De mal cuervo mal huevo»”), cuando éste pase revista a algunos de los muchísimos ejemplos que se encuentran regados por todas partes:

Ella sola (la Iglesia) sabía hablar y deliberar; ella sola mantuviera una cierta dignidad, y se hiciera respetable, cuando ninguna otra cosa lo fuera. Se la viera sucesivamente oponerse a los excesos del pueblo y despreciar la cólera de los reyes. La superioridad de sus luces debían inspirarle generosas ideas en política, que ni conocieran ni tuvieran los otros órdenes. Colocada en medio de ellos, debían darle mucho que temer los grandes, y nada los comunes...; por eso en tiempos de turbación se la viera adherirse con preferencia al voto de los últimos. El más venerable objeto que ofrecían nuestros estados generales fuera aquel banco de ancianos obispos, etc., etc...⁴³

Montalvo critica los tiempos del verbo y su abolida conjugación:

Suelen los autores servirse del indefinido condicional en lugar del pretérito pluscuamperfecto, por rehuir la inoportuna consonancia que resulta de muchas oraciones que concurren en el propio caso; mas nadie, nadie, ningún escritor que merezca este título, ha usado jamás del indefinido por el imperfecto, y menos por el

39. J. Montalvo, “El Buscapié”, en *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, 173.

40. *Ibid.*, 173.

41. “Pero esos libritos, esas novelitas, esos santitos, esas estampitas de que están atestadas las librerías de Madrid y Barcelona, todo traducido de los autorcitos más chiquitos del Parisito del día o de la noche, ¡oh!, estas chilindrinas son la vergüenza de la España moderna, la vergüenza de la América hispana.” (J. Montalvo, “El Buscapié”, 174-175).

42. *Ibid.*, 174.

43. *Ibid.*, 177.

perfecto o pasado absoluto. Ese buen español no conoce ni tiempo ni modo, si no son los suyos. Dios le dé oído a ese monstruo, que no debe de tenerlo, para que no le zozobre ni desespere esa carretilla infernal de eras (...).⁴⁴

O en este ejemplo, en el que Montalvo se exaspera ante el «*de otra parte*» y «una otra particularidad de Roma es los rebaños de cabras»,⁴⁵ por el castizo «por otra parte» y «son otra particularidad», con la respectiva concordancia sujeto - verbo. O en este caso, donde es la forma la que sufre por la feroz cacofonía (*mandar más amor*): “A Pedro fue a quien se le *mandó* primeramente de *amar más* que los otros apóstoles [...]”.⁴⁶ En definitiva, para Montalvo, “traductores ignorantes, novelistas afrancesados, viajeros fatuos son nuestros enemigos”.⁴⁷ “Violadores y asesinos de la lengua”, “escritor zarramplín”, “réprobos”, “monstruo”, “malhechor”, “apóstol del cadalso”, “delincuente”, “pícaro”..., son varios de los epítetos que dedica Montalvo a quienes estropean la lengua. Los suramericanos (‘indios’ los llama Montalvo) tampoco quedan exentos de su furia castiza:

Por la mayor parte, íbamos a decir, en las ciudades interiores de la América del Sur, la bacía la llevan los indios, sin que el barbero de Sevilla les eche el pie adelante en lo de parlanchines, bellacos, alcahuetes y bebedores [...]. “¿Cómo está la comadre? –*Está sufriendo*”, le oímos responder al pícaro. Había parido la pazpuerca, y el bribonazo del indio llamaba a eso *estar sufriendo*.⁴⁸

Pocas esperanzas le quedan a Montalvo de volver a oír la lengua castellana en ningún tiempo. Pero también son varios los ejemplos que se anotan del buen y elegante escribir (Fuenmayor, Hurtado de Mendoza, Fernando de Rojas, Moratín, Gaspar de Jovellanos...). A Santa Teresa la llama «hablista insigne»: “Toda me parecía estaba descoyuntada y con grandísimo desatino de cabeza; toda encogida, hecha un ovillo, sin poderme mover, más que si estuviera muerta.”; “Tienen los niños un acelerado llorar que parece van a ahogarse; y con darles a beber cesa luego aquel demasiado sentimiento”.⁴⁹ O este ejemplo de “precisión y gracia” de Hurtado de Mendoza: “Montaña áspera, valles al abismo, sierras al cielo,

44. Otro de los muchos ejemplos que anota Montalvo: “Santo Dios, santo Fuerte, santo Inmortal, líbranos, Señor, de todo mal. Paréceme que he visto al diablo a medianoche en el endriago espantoso que allí queda estampado a la española. *Toda vez conserva ella; toutefois elle conserve*. El castellano es *no obstante, sin embargo* conserva cierto carácter particular, echando fuera ese ella y ese un, cáncanos asquerosos que no sufre cuerpo limpio.” (Ibid., 178).

45. J. Montalvo, “El Buscapié”, en *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, 179.

46. Ibid., 179.

47. Ibid., 190.

48. Ibid., 187.

49. Ibid., 193.

barrancos y derrumbaderos sin salida: ellos, gente suelta”.⁵⁰ Por supuesto, no es el propósito de Montalvo el que hablemos como los antiguos, pero su exigencia sí es la de “pureza”, “eufonía”, “numerosidad” y “abundancia”. Montalvo mismo añora hablar como este antiguo: “Llegada es ya mi vez, cumplido el número de mis días: ahora moriré a todas las cosas y todas ellas para mí. Pues, ¡oh mundo!, quedaos a Dios. Heredades y hacienda mía, quedaos a Dios. Amigos y mujer e hijos míos, quedaos a Dios, que ya en carne mortal no nos veremos jamás”.⁵¹ La guía que solicita y busca Montalvo es la de la «Santa Doctora», de Granada, pero, especialmente, de Cervantes, en su peregrinar por las «oscuras regiones de la gran lengua de Castilla».

IV

Si Montalvo busca la pulcritud, no sorprende que se acerque a las formas castizas del español así como que se aleje de las formas populares americanas. (A Juan León Mera lo llama el «runa poeta» por utilizar vocablos quichuas)⁵². Precisamente, en respuesta a Miguel Antonio Caro, por el uso indebido de un neologismo y después de que éste le dijera que parece «escritor español», y de «los mejores tiempos», Montalvo marca la diferencia entre el «escritor español» de los buenos tiempos que habla y escribe castizo y el «escritor americano»: “¡En América se *habla americano!*”,⁵³ aludiendo a lo poco castizo del español americano. Anderson Imbert señala además: “Montalvo no creía en el habla espontánea, sino en una lengua literaria artificial. Sobre todo, le parecía innoble el habla de la gente de su tierra”.⁵⁴ El crítico argentino va a tildar su sobreestimación de lo culto, su alejamiento riesgoso de la lengua popular, riesgo que le podía conducir a “un pedazo de habla sin vida popular”.⁵⁵ Incluso, Anderson Imbert anota el reproche de los lectores de «El Cosmopolita» por su estilo extraño, lejos de la llaneza. Una de sus

50. *Ibíd.*, 192.

51. *Ibíd.*, 193.

52. “Si así es poeta León Mera, no hay más que echarle al sumidero. ¿Sabe él por otra parte lo que son Plutarco, Xenofonte, Séneca, Tito Livio? Estas han sido siempre mis lecturas. ¿Conoce una lengua lejana, una siquiera? Yo desde niño he leído en francés, inglés e italiano: ¿qué libros me prestó? Sabe decir *ñahui* en vez de cara: tanda en vez de pan: *tasin* en vez de nido: *mana vali* en vez de para nada, y por eso los Amunáteguis le han puesto como nuevo... Hace veinte años nos está rallando el *runa poeta*.” (Juan Montalvo, *Páginas desconocidas*, I, 2da. ed. (Ambato: Ediciones de la Casa de Montalvo, 1969), 192, citado por J. Pazos, en *Historia de las literaturas del Ecuador*, 162).

53. Véase Enrique Anderson Imbert, *El arte de la prosa en Juan Montalvo* (Medellín: Talleres gráficos de Editorial Bedout, 1948), 28-29.

54. *Ibíd.*, 28.

55. *Ibíd.*, 29.

conclusiones es que Montalvo, “contrariamente a Sarmiento [y a pesar del contexto político de América frente al colonialismo español] jamás abandonó su colonialismo mental”.⁵⁶

La pulcritud de Montalvo es uno de los medios para cumplir con su deseo de unidad de la lengua. Había que preservar al español como ajeno a influencias y contaminaciones extrañas («galiparlas», ecuatorianismos, americanismos, indigenismos). ¿El modelo? España o lo que bien se le acercara: la Real Academia Española, la *Gramática* de Bello, las *Apuntaciones críticas* de Cuervo, los preceptistas Capmany, Clemencín, Galiano, Mayans, los modelos clásicos. Para Montalvo no es suficiente la pulcritud de la lengua. Junto a la pulcritud que pregona y defiende están las construcciones complejas, que requieren trabajo y concentración, y que el escritor buscaba con pasión. Así lo entiende también Anderson Imbert: “[...] se entretenía eligiendo palabras y frases para arrimarlas al oído como cajitas de música o las levantaba en columnas y arcos y daba un paso atrás para admirarlos con perspectiva de monumento. Cuanto más complicada la forma, más se asombraba; y más placer sentía. Así, mientras el pensamiento queda olvidado,⁵⁷ la prosa se levanta con opulencias de oratoria o de poema”.⁵⁸ Si bien la lengua americana fue criticada por Montalvo, la lengua hablada por los españoles tampoco quedó incólume. Montalvo se quejará de que en España ya no abundan los grandes escritores castellanos.

En los *Capítulos...* Montalvo se sirve de Sancho en su objetivo de una lengua castiza. El llamado de atención recae sobre Sancho muchas veces. Critica sus impertinencias, ignorancia y necesidades. El habla vulgar de Sancho es, a lo largo de la novela, evidenciada reiteradamente; la corrección verbal es inmediata por parte de Don Quijote. (Junto a la corrección idiomática, anota Ángel Esteban, Montalvo acompañará siempre la enseñanza moral). En el capítulo II, Sancho dice: “De más buena gana ando yo por caminos reales, donde los peligros no son tan eminentes [...]. Conviene, señor Don Quijote, que nos vuélvamos sin tocar el avispero”.⁵⁹ Don Quijote le corrige: “Si algún peligro hubiese, podría él ser inminente. Eminentemente son los príncipes de la Iglesia. Y quieres que nos vuélvamos: sé tú más buen cristiano, y querrás cuando más que nos volvamos”.⁶⁰ Don Quijote llama a Sancho «gazanapiro» y «galopín ingenioso» cuando éste confunde al

56. *Ibíd.*, 39.

57. Y completa esta idea con lo que sigue: “Era de esos escritores que, para lograr una frase, son capaces de torcer el rumbo mental y hasta cambiar de posición. Ni pensaba profundamente ni se preocupaba de ser consecuente.” (A. Imbert, *El arte de la prosa en Juan Montalvo*, 168).

58. E. Anderson Imbert *El arte de la prosa en Juan Montalvo*, 168.

59. J. Montalvo, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, 200.

60. *Ibíd.*, 201.

gigante Orrilo y lo llama “Burrillo”. No es extraño, ante la locuacidad de Sancho, que Don Quijote le recomiende contención: “Lo que dispongo es que no digas ni chus ni mus hasta nueva licencia, o te compongo las intenciones y enderezo las palabras [...]”.⁶¹ Más adelante, Don Quijote le dice a Sancho: “[...] seguidme, cosidos los labios más que si fuerais mudo de nacimiento”.⁶² Las recomendaciones por el silencio son frecuentes en la novela de Montalvo, como una manera de aplazar la expresión oral en beneficio del pensamiento. Sancho ha oído que “Maripapas hubo en Roma”; Don Quijote le corrige: “pudieras haber dicho papisas”. Después de una de sus frecuentes desventuras, Sancho revisa sus miembros principales, y dice: “La cabeza no está mal: ¡oiga!, las piernas no se encuentran fraturadas”,⁶³ Don Quijote le corrige: “Respecto de las piernas, te falta alguna cosa; pues no has de decir fraturadas, sino fracturadas; ni es fratura, sino fractura”.⁶⁴ Este pasaje le sirve, también, a Montalvo para introducir el tema de la «costumbre» como norma en el uso de la lengua: “-En mi casa nunca se ha dicho sino fratura, replicó Sancho. -Costumbre buena o costumbre mala, el villano quiere que vala, Sancho amigo”.⁶⁵ Sancho dice: “Quedó mondo y liso como la chucazuela de mi rodilla”, Don Quijote le corrige: “Mondo y liso... Pero no será como la chucazuela, sino como la choquezuela de tu rodilla, si a dicha no tienes cerdas en ella, como las tienes en la lengua”.⁶⁶ En el capítulo XV, Sancho dice “paragarfio” en vez de “parágrafo”. En el capítulo XVIII, “esprucu”, “—Apuesto cualquier cosa, replicó Don Quijote, a que quisiste decir escrúpulo”,⁶⁷ o en el XIX: “O tengo pataratas en los ojos [...]; -Pataratas tienes en el alma y la lengua, respondió don Quijote; y pluguiese al cielo que tuvieras cataratas en los ojos [...]”,⁶⁸ “pantasma” dice Sancho, en vez de fantasmas; o “sorbidad”, por sobriedad, virtud que se debe practicar no solo en el comer y el beber sino, especialmente, en el hablar: “Todo esto es malo, pero nada es peor que el abuso de la lengua. Si la palabra es plata, el silencio es oro”.⁶⁹ O el uso del diminutivo “mihuelos” que le reprocha Don Quijote: “¿Qué entiendes por mihuelos, pazguato? ¿No sabes que los pronombres no admiten diminutivo? De mío no puedes hacer mihuelo ni miíto, así como no puedes hacer miote ni miazto”.⁷⁰ La

61. *Ibíd.*, 209.

62. *Ibíd.*, 213.

63. *Ibíd.*, 219.

64. *Ibíd.*, 220.

65. *Ibíd.*

66. *Ibíd.*, 261.

67. *Ibíd.*, 286.

68. *Ibíd.*, 287.

69. *Ibíd.*, 389.

70. *Ibíd.*, 390.

corrección lingüística no siempre recaerá en Sancho: Fray Damián Arévalo censura a cierto «escritorzuelo», pero en este caso el propósito de Montalvo es irónico:

Si viera vuesa merced las tildes que les pone a las eñes ese tonto, se destornillara de risa. —Puedo yo destornillarme de risa a las extremadas sandeces de un majadero, respondió Don Quijote; pero no me destornillo en ningún caso, porque mis órganos vocales no se componen de tornillos. Cuando un necio se ríe con mucha fuerza parece que se le rompe la ternilla de la nariz, y por eso decimos figuradamente que se destornilla de risa.⁷¹

O el caso del ermitaño, en el capítulo XXXII, cuando dice que muy crueles animales frecuentan estos lugares: lobos, lobas, jabalices, jabalizas, y otras salvajinas. “—Diga vuesa paternidad jabalíes, y ande la paz entre nosotros, dijo Don Quijote [...]. —Los sitios elevados, señor, son lobosos y jabalizosos por la mayor parte.—¿De manera, preguntó Don Quijote, que si toros infestaran las posesiones de vuestas paternidades, ellas vendrían a ser torosas? —Por de contado, respondió el ermitaño [...].”⁷²

Otro elemento de crítica, por parte de Montalvo, son los refranes. La retahíla de refranes (Don Quijote llama a Sancho «monedero falso de refranes») de Sancho es grande a lo largo de la novela, lo mismo que su lengua inculta: “Si la mujer del alcalde es alcaldía, y la del testigo testiga, la del obispo ha de ser por fuerza obispa. Y a quien Dios se la dio, San Pedro se la bendiga; que yo con la mía me contento, aunque regaña y aconseja más que un abad. Pero a mujer brava, sogá larga; y holgad, gallinas, que es muerto el gallo”.⁷³ La reconvención de Don Quijote es inmediata:

Si por algo quisiera yo sobrevivirte, repuso Don Quijote, sería por grabar sobre tu losa en indelebles caracteres este epitafio que parece hecho para ti:

Y es tanto lo que fabló
Que aunque más no ha de fablar,
Nunca llegará el callar
Adonde el fablar llegó.

¿De dónde sacas ese chorro de refranes, parlanchín desesperado? Tú eres mejor para dueña que para escudero [...].⁷⁴

71. *Ibíd.*, 289.

72. *Ibíd.*, 356.

73. *Ibíd.*, 213.

74. *Ibíd.*

Su deseo de parlotear es tan intenso, que Sancho, ante tantos llamados de atención de Don Quijote, se queja: “—Si el escudero ha de ser mudo, respondió Sancho, ¿por qué en el acto de armarse los caballeros no le cortan o le pican la lengua? Así vuestas mercedes no se anduvieran dando de las astas con sus criados sobre si dicen esto y dicen lo otro”.⁷⁵ Don Quijote confirma su incontinencia verbal: “—Ya te veo, besugo, respondió Don Quijote: si te cosieran los labios, hablaras por los ojos.”, y luego, “—Sancho dichoso, dijo Don Quijote, para ti el hablar es tan necesario como el respirar: ¿si te conozco!: permanecieras dos días en ayunas; una hora en silencio, no”.⁷⁶ Lo llama «libertino» por «ensartar iniquidades»: “La ocasión es calva, tornó Sancho a decir; y más vale una toma que dos te daré. Cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla [...]. Quien adama a la doncella, el alma trae en pena”.⁷⁷ Ante su exceso refranero, nuevamente Don Quijote le impone mutismo:

“¡Albricias, que ya podan!, salió diciendo Sancho Panza [...]. Dueña que arriba hila, abajo se humilla, señor [...]; de hora en hora Dios mejora, y del mal el menos, y el viejo que se cura, cien años dura [...]. Tan rey soy yo en mi casa como el otro en su palacio [...]. Jurado ha el baño de blanco no hacer negro”. —Yo te impongo silencio so pena de azotes, gritó Don Quijote con muy regular enojo.⁷⁸

La crítica de los refranes no es *per se*; si son oportunos y no abundantes, bienvenidos: “—Una golondrina no hace verano, replicó Don Quijote. Si a las veinte echo yo unillo es porque allí encaja; mientras que tú me hartas de ellos hasta en los días de ayuno”;⁷⁹ lo importante es que las razones sean discretas y “te vayas a la mano en lo de los refranes, por que al primero de ellos no saques a relucir lo triste de tu condición y lo extremado de tu sandez”;⁸⁰ las razones de Sancho pueden no ser muy malas, lo que reclama Don Quijote es su oportunidad: “—Por buena que en sí misma sea una cosa, como la dices fuera de propósito, viene a ser mala: sin oportunidad no hay acierto; y para el que siempre va fuera de trastes, el silencio es gran negocio”.⁸¹ Más adelante, en el capítulo XXXVII, Don Quijote vuelve a insistir sobre la pertinencia de los refranes, pues muchos contienen sustancia:

75. *Ibíd.*, 283.

76. *Ibíd.*, 283-284.

77. *Ibíd.*, 266.

78. *Ibíd.*, 281.

79. *Ibíd.*, 313.

80. *Ibíd.*

81. *Ibíd.*, 314.

Hablar con juicio y medida; discurrir en cosas de sustancia, sin apartarse de la verdad y la modestia, esto es ser sabio. Yo no pretendo que de cuando en cuando no salpiquemos la conversación con una de esas sentencias populares que en pequeño volumen encierran mucho y exquisito condumio; ¿pero qué es esto de echar refranes a dos manos, como quien traspala trigo?⁸²

De manera que Don Quijote hace uso de ellos por dos razones: una lingüística: su pertinencia y condumio, otra pedagógica: para enseñar a Sancho de su uso y mal uso: “Si de tarde en tarde me viene un refrán a los labios, es bien ocasionado, no oficioso e impertinente como los tuyos. Y todavía has de confesar que muchas veces no los digo sino por darte a entender que te propasas en ellos”.⁸³

Los latines de Montalvo, en la novela, no son abundantes, y se sirve de ellos, no solo en boca de Don Quijote, no para, contrariamente a lo que hace Cervantes, criticar su mal uso (“*Qui multum peregrinantur raro sanctificantur*”,⁸⁴ Sancho, dijo Don Quijote. Yo me tengo la culpa, que no acabé de matar a esos traidores cuando los tuve debajo”),⁸⁵ sino para volver más elocuente su discurso. Sucede también con el latinista, en el capítulo VIII, cuando éste le reprocha a Sancho su necedad por seguir a un loco: “He visto el hogar y me he calentado en él: *Vale, calefactus sum, vide focum*”.⁸⁶ O en el caso del cura cuando pretende justificar los beneficios económicos que traen los milagros: “*Nemo dat quod non habet*”.⁸⁷ “—El peor de los hombres, dijo Don Quijote, es el que siendo malo quiere pasar por bueno, siendo infame habla de virtud y pundonor. *Malum est cadere a propósito; sed pejus est simulare propositum*”,⁸⁸ la intención es seria al utilizar una sentencia de San Agustín para enseñar.

Ha sido evidente el interés de Montalvo por las palabras (aunque no menos por las ideas), su elegancia y eufonía, en definitiva por la plasticidad y belleza de la lengua, además de su admiración intelectual por el clasicismo. Esto que parece ser una fortaleza, también puede ser una debilidad: su esfuerzo por limpiar el habla castiza de las impurezas extranjeras como de los americanismos e indigenismos (no formaban parte de la lengua madre), le llevó a sobredimensionar la tutela de la Real Academia Española y los modelos clásicos. Su fin último, disfrazado de falsa modestia fue: “¡Oh locura, más para compadecida que para execrada! Lo que no les fue

82. *Ibíd.*, 389.

83. *Ibíd.*, 390.

84. “Los que mucho peregrinan rara vez se santifican”.

85. J. Montalvo, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, 218.

86. *Ibíd.*, 233.

87. “Nadie da lo que no tiene”.

88. J. Montalvo, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, 303.

dable a los mayores ingenios españoles ¿ha de alcanzar un semibárbaro del Nuevo Mundo? Sírvale de excusa la ignorancia, abónele el atrevimiento, que suele ser prenda o vicio inherente al hombre poco civilizado”.⁸⁹

Bibliografía

- Anderson Imbert, Enrique. *El arte de la prosa en Juan Montalvo*. Medellín: Talleres gráficos de editorial Bedout, 1948.
- Carilla, Emilio. *Cervantes y América*. Buenos Aires: Universidad Nacional, 1951.
- Carrión, Benjamín. *El pensamiento vivo de Juan Montalvo*. Buenos Aires: Losada, 1961.
- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Real Academia Española, Alfaguara, 2005.
- Guevara, Darío. *La sabiduría de Sancho en la novela ecuatoriana*. Quito: Talleres Gráficos Minerva, 1965.
- Montalvo, Juan. *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Estudio introductorio de Ángel Esteban. Madrid, Cátedra, 2004.
- . *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Edición y prólogo de Gonzalo Zaldumbide. México: Porrúa, 1972.
- . *Las Catilinarias, El Cosmopolita, El Regenerador*. Edición y prólogo de Benjamín Carrión. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.
- Pazos, Julio. *Historia de las literaturas del Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional, 2002.
- Percas de Ponseti, Helena. *Cervantes y su concepto del arte*. Madrid: Gredos, 1975.
- Riley, E. C. *Introducción al “Quijote”*. Barcelona: Crítica, 2000.
- Riquer, Martín de. *Para leer a Cervantes*. Barcelona: Acentilado, 2010.
- Rosenblat, Ángel. *La lengua del “Quijote”*. Madrid: Gredos, 1995.
- Valdés, Juan de. *Diálogo de la lengua*. Barcelona: Plaza & Janés, 1984.

89. Juan Montalvo, “El Buscapié”, en *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, 110.